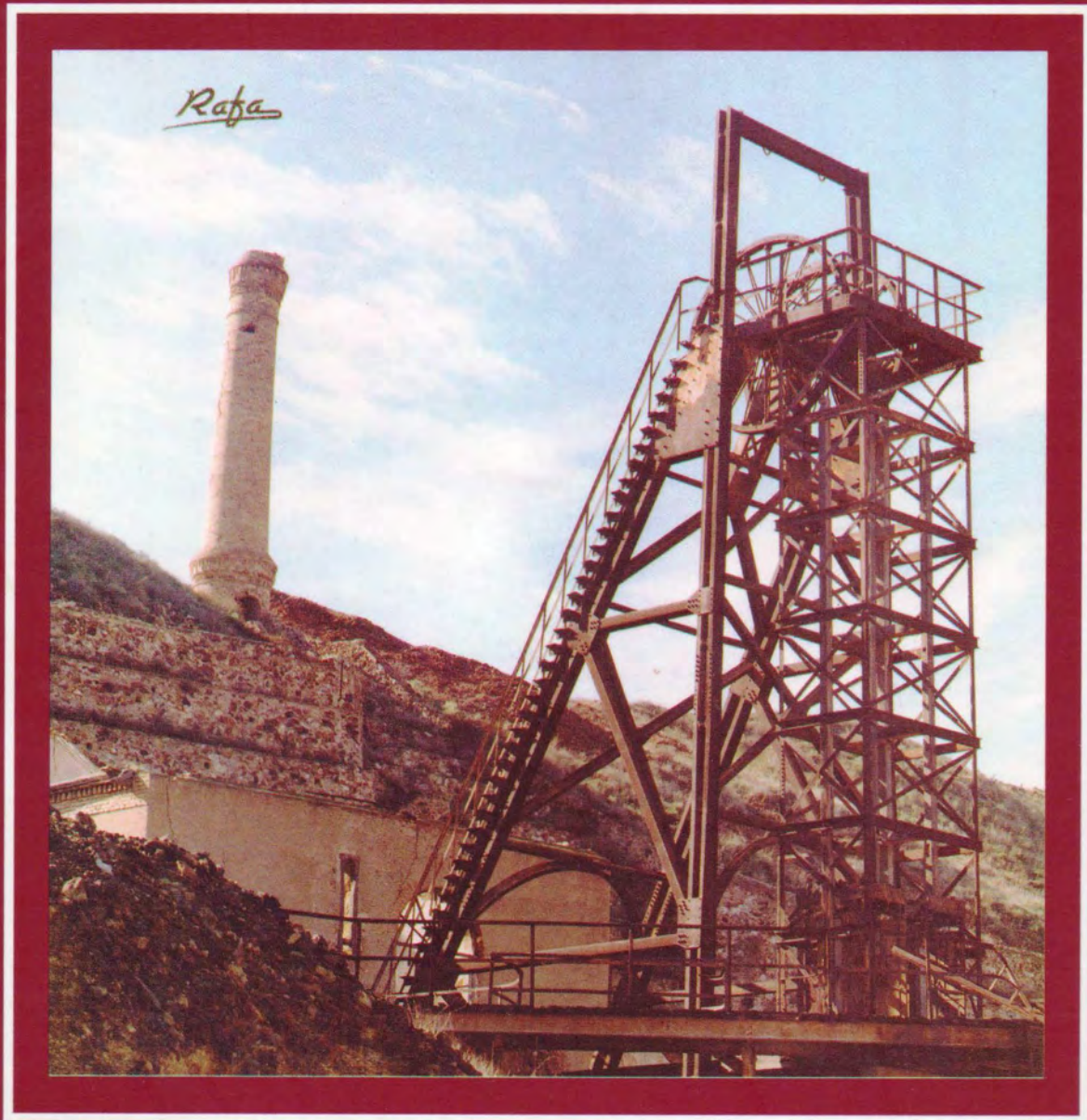


# Paisaje de La Unión



MARIANO MUELAS – ASENSIO SAEZ

Copyright: Asociación para la Defensa de la Naturaleza y del Paisaje Minero de La Unión  
Quedan reservados todos los derechos del titular del Copyright.

Composición. MARIANO MUELAS.  
Introducción. ASENSIO SAEZ.

Documentos fotográficos:  
Mariano Muelas

Excepto:

Portada. RAFA. de estudios fotográficos RAFA.  
página 6. Autor desconocido. Cedida por Diego Galera.  
página 7. Ángel Martínez. Cedida por Eduardo Vera.  
página 11. Toponova, número 3202.  
página 12. Ministerio de Fomento, Servicio Regional del C.N.I.G.  
página 26. Mercado Público. Tarjeta postal. Edición de Gregorio Sánchez.

EDITA. GALINDO artes gráficas

I.S.B.M. 84-921817-4-5  
Dep. Legal. MU-1313-1997

## INTRODUCCIÓN.

### I. DE LA ANDADURA DEL PAISAJE FAMILIAR.

Hombre y paisaje se han unido siempre en una perfecta simbiosis. "Elaboración cultural" llama Manuel Alvar al paisaje. Se compenetran y condicionan así la geografía y la humana criatura. ¿Qué acaba siendo para el hombre la escenografía del paisaje en que se instala sino parte esencial de sí mismo?. No en vano la pintura, aunque un tanto tardíamente, acabó abandonando un día el concepto coral del paisaje, su condición de mero telón de fondo, para acabar centrándolo en muchos de sus cuadros, en los que montes o llanuras, bosques o mares reclamaron sus fueros de protagonismo.

Insertado en el paisaje de la llamada geográficamente Sierra de Cartagena, que precisamente en Cartagena nace y en Cabo de Palos finiquita, mojándose así de azules mediterráneos cabeza y pies, pudo un día el minero gozar y padecer al mismo tiempo aquellas glorias y servidumbres de un ámbito en verdad impresionante, millonario en colores, paleta de pintor la sierra toda por mor de la abundancia cromática, hoy menoscabada y un tanto ensombrecida por la funesta crisis minera.

Deslumbrante cinemascopio ciertamente éste que el viajero puede descubrir frente al despliegue orográfico de la sierra, actualmente ganada por el silencio funeral del paro: removidas tierras, gajos de milenarias rocas, montañas con las tripas al aire, terreras, lavaderos, restos de aquellos artilugios mineros que el tiempo, inmisericorde, ahora corroe. ¡Qué lejos, mirando tal desolación, aquella remembranza, tan a gusto repetida, de la estampa romana, con 40.000 hombres poblando laderas y senderos, pozos y galerías, como en una de aquellas secuencias de Dino de Laurentiis que después vendrían o aquellas otras correspondientes al "esqueleto de Fart West" que por estos pagos descubrió César González Ruano, por medio, sustituyendo al relincho de la caballada, la mansedumbre de las copiosas recuas de asnos poblando los caminos de la sierra, por un sol de justicia alcanzada. Frente al hoy derrotado paisaje minero, todavía y siempre, la luz, puro lujo. Plumas bien cortadas hubieron de glosar complacientemente los poderes de este sol de la sierra, moneda candente. Lámpara de Aladino hubo de llamarla uno mismo en el capítulo correspondiente a su pluma personal, insertado en el robusto libro titulado "Rutas literarias de la Región de Murcia", y bien que pudo uno manejar a gusto entonces, fiado precisamente en los lujos de nuestro sol, laudes y alabanzas a favor de los paisajes de la tierra; a favor también, claro, de sus buenas gentes.



Cabezo Rajado. Vista norte.

Y aún ahora todavía ha de insistir uno en la hermosura de los crepúsculos de La Unión, barnizando de oro las cumbres de la sierra. Atado a su sillón de paralítico, el gran prosista unionense Andrés Cegarra Salcedo, describía así uno de estos atardeceres que alcanzaba a contemplar desde el balcón de su cuarto de trabajo, abierto al poniente: "Era tan largo el crepúsculo por el esfuerzo del sol en no morirse del todo, que estaba la luz llena de dolor de cansancio....". Cuando su hermana María, poetisa de altos vuelos, le pregunta un día a Miguel Hernández, tras su visita a la sierra, sobre qué faceta de los paisajes unionenses le ha gustado más, el poeta oriolano responde sin opción a la duda:

-Los atardeceres del "Cabezo Rajao".

## II. DEL CASTILLETE COMO EMBLEMA.

Óptica familiar ésta del castillete coronando el perfil orográfico de la sierra. No se conoce cartel anunciador ni cabecera de periódico, sello ni alegoría que de mineros se precien, que no acojan complacidamente la inconfundible silueta del castillete.

Señores del paisaje, un día, los castilletes. Cumpliendo hoy exclusivamente una función escenográfica, ahí están -los que todavía quedan, claro,- estampados en el azul rabioso del cielo de la sierra, venciendo vientos y mareas, olvidos y desganadas. Sépase que, orgulloso de su funcional e impagable pasado y en su merecido homenaje, el mismo Festival Nacional del Cante de las Minas mantiene el castillete como emblemática denominación de una de sus más preciadas recompensas. Así, son hoy "Castilletes de oro", por citar sólo un par de ejemplos recientes, Camilo José Cela y Manolo Sanlúcar.

Constituidos por seis patas o pilares, abiertos en la base y cerrados muchos de ellos por una balconada o plataforma en la que rodaban dos poleas, los castilletes se hacían acompañar por la denominada casa de máquina, desde la que se llegaba a controlar la subida o bajada de la jaula o ascensor que ponía al minero en comunicación con el pozo y la galería.

Voz que clama en el desierto, quien estas líneas firma vino a insistir más o menos tercamente en sus libros y artículos de prensa en la necesaria salvación de los castilletes, desmantelados unos a pedazos por la rapacería ajena, vendidos otros lamentablemente al mejor postor, que era como vender el alma de la sierra a tanto el kilo.

Todavía peor suerte han corrido a su vez los llamados malacates, hasta el extremo de que cuando recientemente el "IES Sierra Minera" de La Unión montó su exposición sobre el patrimonio de la minería, pudo escribir en su catálogo anunciador que de los más o menos quinientos malacates con que llegó a contar la sierra sólo queda actualmente ¡uno!. "¿El último malacate?", constituyó precisamente el título de la citada exposición.

El malacate, artilugio de tracción animal, ofrecía su pintoresca estampa como tambor gigante, rodando sobre sí mismo; como noria imposible de un paisaje de secano. Quede aquí, como homenaje al malacate, empeñado hoy, por lo visto, en borrar definitivamente su simpática estampa de la faz de la sierra, el nombre de sus piezas: bombo, dado, soporte, puente, palanca y contra palanca, perno, tenemozo, cruceros, barras, talón de amaine....

En cuanto a las numerosas chimeneas, tan características a su vez en los escenarios mineros, eran utilizadas para dar salida al tiro de los humos de la máquina de vapor, abundando asimismo, por otra parte, las destinadas a las fundiciones de plomo y manganeso. Tan densas sus humaredas que, entoldando la nitidez de los cielos, llevó a Luis Ruy-Wamba, autor del libro "Excursión minero-metalúrgica a Levante", a compararlos con los siempre enturbiados de Vizcaya.

Valga la pena evocar aquí la estampa del viejo minero, poblando el paisaje de la sierra, así poniendo en marcha el todopoderoso tinglado de aquellos artilugios que atrás quedan reseñados: camisa de color sufrido o blusón gris, pelliza si el invierno desataba sus poderes, alpargatas o esparteñas de suela de cáñamo, gorra siempre descolorida por la abundancia de soles, moquero a cuadros, en la mano carburo y "trapo" con el almuerzo o la cena, según el turno de su trabajo. ¿Quién no recuerda la copla del "trapico", un día resucitada y puesta en boga por el mencionado Festival Nacional del Cante de las Minas?:

*Con mi "trapico" en la mano  
vengo de mi trabajico.  
Yo no tengo quien me diga  
si vengo tarde o temprano.  
que yo vivo muy solico.*

Sábado por la tarde, el mísero jornal, custodiado por la típica bolsa de lona; más de una vez sustituido por los aborrecidos "vales", también materia de copla:

*Mal dolor les dé a los "vales"  
y al borde que los crió,  
que por no pagar en reales  
aún estoy soltero yo.*

Con los años, la nueva tecnología habría de dar paso a las inéditas y por supuesto totalmente sorprendentes faenas de la minería, aquellas en las que por la mano del hombre fue vencida por la victoria de la máquina. Se abrieron así las descomunales canteras, como colosales circos romanos, y fue surcada por múltiples carreteras la piel de los montes, y erigidas las nuevas catedrales de los lavaderos de flotación diferencial. Ahí están hoy, inmovilizadas sus actividades, derrotados sus poderes, lisiados por el sol, la lluvia, el viento... ¿Nos equivocamos al afirmar que no se ha perdido en absoluto la esperanza de escuchar la voz milagrosa que, rompiendo el doloroso silencio que envuelve hoy la sierra en paro, le ordene a ésta el bíblico "levántate y anda"?

### III. DEL PAISAJE BOTÁNICO.

Cobra la sierra sus alturas principales en las crestas del Santo Espíritu para abatirse luego en más o menos peladas cimas, romas perspectivas de escasa vegetación, paisaje aliviado por tímidos verdes, tan parvos, que en su visita a La Unión don Miguel de Unamuno deje de dolerse de su escasez botánica, así expresada en las páginas del número extraordinario de "El Pueblo", periódico unionense en boga allá por los albores del presente siglo: "Cuando visité ese laborioso pueblo de La Unión, entre las mil agradables impresiones recibí una triste y fue la de la aridez de esos campos escuetos y calcinados, donde apenas alza cabeza sino la chumbera desdolida, donde toda verdura se agosta...". Párrafos antes, el tema del árbol ha dado pie a don Miguel para la oportuna fustigación contra el gran defecto del español: intentar gozar inmediatamente del fruto de sus afanes. Apuntará más tarde como remedio al evidente descuido botánico del paisaje de la sierra, la presencia del árbol que siempre despertará "el santo y salvador cariño hacia la madre tierra", añadiendo finalmente: "Al salir del pozo minero, ¡qué descanso reposar a la sombra del árbol que abre al sol sus hojas!".

Verdad es que, si ubérrima en minerales, parca en botánica vino a salir la tierra, aunque no tanto que deje de ofrecer la colorista hermosura de la adelfa -baladre por mal nombre-, la gallardía mimbreada del hinojo que a la curación de las olivas presta su impagable sabor, del goloso palmito, del tomillo bienoliente, de un elegante morado nazareno....¿ Pues qué decir de la chumbera o "pala", presentando la dulzura de su fruto en forma de barril, por una parte, y qué de la pitera, por otra, tan gallarda y bien plantada que más de una vez resulta confundida con airosa cartela de trono semanatero?, ¿Sabe el lector que de las fibras de la pitera fray Leandro Soler vio sacar a los indios así como "encaxes preciosos", y que además incluso sirvió un día la pitera para la oportuna confección de "cordeles, ramales de mulas y cordones para "freyles franciscos"?".

Más todavía puede otorgar la tierra en materia vegetal, no tan madrastra como a primera vista puede creerse: La esbelta palmera, la sabina mora, el lentisco, el romero, la jara....

Párrafo aparte merece sin duda la tapenera, derramando sus hojas acorazonadas sobre ladera y terraplén. Conozca el lector, si aún no lo supiera, que amén de sus capullos florales, resultan comestibles los brotes tiernos y hasta el mismo fruto antes de la maduración total, es decir "Los alcaparrones". Imperio de la "pizza" aparte, las tápenas entran hoy como ingrediente sabrosón en muchos



Chumberas y piteras. El Lazareto

platos, canapés, ensaladillas.... Dicen que hace muchos años, allá por los comienzos de este siglo, hubo un cura en Portmán que se encargaba de comprar todas las cosechas de tápenas, tan abundantes en el paisaje de la sierra. Luego, transportadas en carros, las enviaba Dios sabría donde.

Ciérrese el presente capitulillo con la referencia a los garbanzos del Garbanzal, en un lejano tiempo materia prima para los mejores potajes, ollas gitanas, cocidos....Más: Tostándolos a fuego lento, como el mismísimo San Lorenzo en sus parrillas, los garbanzos se convertían en los típicos "torraos". Bocado de cardenal. Quien los probó, lo sabe, que dijo Lope.



#### IV. DE LA PRESENCIA DEL MAR

Estampa de la mina y el mar, Portmán, un día del bracero de Herrerías, Garbanzal y Roche solicitando su segregación de Cartagena. Al pie de la sierra, bate y canta el agua en una de las más hermosas bahías del Mediterráneo. Sorprendente visión ésta del descubrimiento del paisaje del mar en competencia con la mina. Dejando atrás La Unión, subiendo hasta la cumbre de la sierra por la llamada familiarmente Cuesta de las Lajas, aparecen en la hondonada las deslumbrantes panorámicas de Portmán, Portus Magnus de los romanos, avispero de encontradas opiniones siempre: ¿Portmán minero, Portmán marinero?. Ante el vertido de estériles del lavadero Roberto, uno de los más importantes de Europa, cuyos fangos anegaron parte de la bahía, pudo uno preguntarse en cierta ocasión: "¿Salvará Portmán sus aguas? ¿Existe realmente remedio viable? ¿Va a vencer el signo minero a la impronta marinera del poblado?. Es de esperar, por supuesto, que Portmán - hermosa dualidad de la mina y el mar - encuentre la apetecida fórmula que haga compatible la explotación minera con la salvación del paisaje".

Minero y marinero, a caballo entre la mina y el mar las páginas de su historia, si al mar nos referimos ahora, quede aquí para siempre a salvo el viejo pregón compuesto un lejano día por el trovero Marín, conjunto de octosílabos delatores de la riqueza marinera de Portmán:

*¡Boga, chufla y caramel,  
bonito y albacoreta,  
sardina, lecha y jurel,  
rascasía y gallineta,  
breca, besugo y pajel¡.*

¿Pues qué contar, a su vez, en cuanto al capítulo minero se refiere, de aquellos trapicheos protagonizados por el llamado "cable", transportador aéreo del mineral, dando pie a la letra que sigue, contenedora de la más lucida alabanza a favor de Portmán tributada?:

*En Portmán han puesto un "cable"  
y una vía por el viento.  
El Rey de España no sabe  
lo que Portmán tiene dentro.*

La misma Niña de los Peines, figura mítica en la historia jonda, haría mención más tarde en una de sus prodigiosas "cartageneras", cruzada por el mencionado "cable":

*Como el tiempo es variable,  
son los aires desabríos.  
Han dicho los contratables  
que el que se vea aburrío  
vaya a trabajar al "cable".*

De las actividades mineras queda, asimismo, amén de la nostalgia, el recuerdo de un popular romance de ciego o copla de cordel salvada gracias a la labor investigadora del doctor José María Rubio Paredes, versos anónimos, probablemente compuestos por algún trovero de la época:

*Sagrada Virgen María,  
Madre de Dios soberana,  
concede tu luz, Señora,  
amparo y divina gracia,  
ilumina mis potencias  
y a mi pluma dale gracia  
es mi ánimo que salga  
a la luz esta relación  
que ya principio a aclararla:  
en la sierra de Portmán  
hay una mina que llaman  
Consolación y en el centro  
un minero trabajaba....*

No cabe aquí la abundosa suma de versos correspondiente a la totalidad del romance en que se cuenta cómo el minero José Tercero queda aprisionado entre los escombros de un aparatoso hundimiento perteneciente a una galería de la mina "Consolación", en Portmán situada, como atrás queda dicho. Traígase, sin embargo, a estas páginas el novelesco final del romance, enteramente feliz, merced a la oportuna intervención de Nuestra Señora:

*....En fin, a los siete días  
con ocho noches contadas,  
sacaron al sepultado  
a las dos de la mañana  
y estaba más animoso  
que aquellos que lo sacaban;*

*a su casa lo llevaron  
donde preparado estaba  
un puchero con gallina  
para que se alimentara,  
siguiéndole un gran concurso  
que pasaba de mil almas.*

Contar y no acabar de Portmán, de su espléndido paisaje, un día escenario de aventuras a lo Salgari, por mor de la presencia de navíos de moros corsarios desembarcando en sus playas. ¿Y qué decir, por otra parte, de aquella posibilidad de que fuese en Portmán el puerto donde desembarcara un día Santiago?. El citado doctor Rubio Paredes escribió en cierta ocasión en el diario "La Verdad": "Mucho hay que hablar de Portmán, de historia tan larga como la de la propia Cartagena. ¡Con deciros que un escritor del siglo XVI, Pedro Antonio Beuler, no dudó en señalar su playa como lugar del desembarco de Santiago cuando arribó a nuestra España!"

También en La Verdad, Luis Díaz, un día párroco de Portmán llegó a escribir: "...Está demostrado que Portmán, el Portus Magnus de los romanos, era el puerto comercial de Cartagena de esa época, y si una antigua tradición - base por la que los cartageneros creen que desembarcó en su puerto- afirma que el Patrón de España arribó por las costas de Cartagena, es muy lógico que lo hiciera por esta bahía, en la que, al ser puerto comercial, desembarcaban numerosas naves procedentes de Roma para llevarse la codiciosa plata extraída de las entrañas de su sierra...."

-Portmán o el baúl de las sorpresas-

## V. DEL PAISAJE DE LA SIERRA EN EL CANTE.

Que la copla anda aquí por medio, que la sierra fue tornavoz muchas veces de copiosas tarantas, mineras, cartageneras, levanticas y un largo etcétera; que, en fin, el cante reinó en La Unión en muchos corazones, es una cosa sabida de antiguo, pues no en vano el remoquete de "cantaora" vino a añadirse con entera justicia al alias de "minera", de este modo complementándose los dos adjetivos claves de La Unión al dar pie a su popular eslogan: "Minera y Cantaora". Bucear así en el cancionero de las minas es toparse de buenas a primeras con la presencia del propio lugar geográfico o al menos la referencia al paisaje familiar. Nacidas del pueblo, no caben en estas coplas lo que precisamente la intuición popular llegó a entender por "ruiseñores", esto es el fleco y el tirabuzón. Quiere decirse que la copla minera va a lo suyo y basta. Peor para el que no lo entienda.

Venga en primer lugar en esta antología de urgencia, de alguna manera índice del paisaje amigo atado al octosílabo, aquellas coplas que a Herrerías, núcleo matriz de La Unión, hacen referencia:

*Salgo de las Herrerías  
con mi macho del ramal.  
Un duro me apostaría  
que en el hoyo de Portmán  
no hay recua como la mía.*

*Anda y dile a la Gabriela  
si vas a las Herrerías  
que duerma y no pase pena,  
que en amaneciendo el día  
de vuelta estoy en Cartagena.*

*De Cartagena a Herrerías  
han puesto iluminación.  
Tiene pena de la vida  
aquel que apague un farol  
y no lo encienda enseguida.*

*Me voy a las Herrerías  
a hablar con el comisario.  
La noche la vuelvo día  
cuando monto en mi caballo  
y hablo con Ana María.*

*De las Herrerías salí  
a trabajar en Los Blancos;  
en El Llano te encontré  
y allí fueron mis quebrantos  
porque no te he vuelto a ver.*

*Sale el sol por Herrerías  
y por El Llano la luna  
y por el pueblo de Alumbres  
no sale cosa alguna.*

El Garbanzal mereció asimismo entrar en muchas letras, algunas de las cuales, a voleo elegidas, se insertan seguidamente:

*He nació en El Garbanzal,  
trabajo en las Herrerías  
y tengo mi corazón  
cerca de Santa Lucía.*

*En Perín perdí el sombrero,  
la gorra en El Garbanzal,  
en El Algar el dinero  
y la conducta en Portmán,  
el pueblo que yo más quiero.*

*Camino del Garbanzal  
a una fea le salió un novio  
y fue tanta su alegría  
que se la llevó el demonio  
antes de los siete días.*

*Salgo de las Herrerías  
y entro por El Garbanzal.  
¡Echa vino, compañero,  
que me quiero emborrachar!*

*Yo nació en El Garbanzal,  
me crié en las Herrerías,  
y al que pregunte por mí,  
me llamo José María,  
de Antonete cornetín.*

Es lógico que por razones de vecindad con Cartagena, la ciudad hermana, La Unión comparta muchos octosílabos de coplas:

*A Cartagena me voy  
a ver el mar y sus olas  
y a ver los barcos del rey  
con banderas españolas.*

*De Cartagena a Herrerías,  
yendo por la Media Legua,  
un tartanero decía:  
"En Alumbres no hay quien tenga  
tartana como la mía".*

*De Cartagena a Herrerías  
han levantao una pared;  
por la pared va la vía  
y por la vía va el tren  
¡y dentro la prenda mía¡.*

*Soy minero y en verano  
vengo de las Herrerías  
para darme en el Batel  
nueve baños en un día.*

¿En qué lejano lugar estaba, en qué desconocido ámbito donde el cante de la mina no llegaba, que así, con rigores de urgencia, alguien demandó arribar a La Unión, precisamente por escuchar, bien arrellanado en su butaca, frente a un paisaje de terrera y castillete, lavadero y malacate, el cante de las minas?

*¡Llebadme a La Unión volando,  
daos prisa, tartaneros,  
que ha empezado el festival  
del cante de los mineros¡.*

El polvo de la terrera dio pie a una de las más desoladas letras de todo el cancionero de las minas:

*Me dejó medio cegato  
el polvo de las terreras.  
Ahora gano el pan que como  
cantando cartageneras.*

Piedra de la terrera a primera vista vino a resultar aquel minero protagonista de una popularísima copla. ¡Grata sorpresa la de sus versos finales;

*Soy piedra que a la terrera  
cualquiera me arroja al verme.  
Parezco escombros por fuera  
pero si llego a romperme  
¡doy un metal de primera;*

Escójase al azar, en fin, del robusto cancionero de las minas, las coplas que siguen, viñetas geográficas, acuarelas de un paisaje entrañable, tantas veces reencontrado:

*Caminito de La Unión  
un minero cantaba  
al son de las campanillas  
que su reata llevaba.*

*En el "Cabezo Rajao"  
han hecho una instalación  
para bajar los mineros  
al pozo por un jaulón.*

*Tengo una novia en Portmán  
y otra tengo en Herrerías;  
con aquella me anochece,  
con ésta me sale el día.*

*Cuando voy al pozo abajo  
me encomiendo al Dios divino  
y cuando voy pozo arriba  
en las mujeres y el vino.*

*Un lunes por la mañana  
los pícaros tartaneros  
les robaban las manzanas  
a los pobres arrieros  
que venían de Totana.*

Buen tema el de la copla, decíamos, materia sagrada para tantos hombres de la mina que en la mina misma, en los caminos de la sierra y en la taberna, frente al vaso de vino peleón, un día hicieron de la copla jonda una de sus más caras devociones.

## VI. DEL PAISAJE URBANO.

He aquí el otro paisaje que el auge minero terminó por sacarse de la manga. Junto al modesto caserío o el pequeño poblado, crecieron así las ambiciosas perspectivas urbanas que, a lomos de la orografía minera, fueron derramándose laderas de la sierra abajo hasta ganar aquella llanura sobre la que el signo agrícola de la espiga y el fruto, como un bodegón de Medina Vera, daba paso a la silueta casi angélica del molino de ocho velas.



Mercado Público.

De este modo, en La Unión, modelo más o menos típico de ciudad minera, "Nueva California" de la leyenda, vino a hermanarse pronto la suntuosa edificación del "partidario" enriquecido con la modesta casa de fachada pintada de "azulete" o "almagra", techo de "lágüena", comedor orlado de sillas de anea y vasar con piezas populares de las fábricas cartageneras de "La Amistad" o "Valarino y Cia".



En cuanto la bolsa dio de sí, se levantaron aquellos edificios de rumbo que a punto estuvieron de convertir a La Unión en una hermosa ciudad modernista. A tal extremo llegaron las apetencias estéticas del minero enriquecido que, pasados los años, en su libro dedicado al cartagenero Enrique Gabriel Navarro, Carlos Areán, director del Museo Nacional de Arte Contemporáneo, llegó a alabar aquella indudable vocación arquitectónica de las gentes mineras pertenecientes a la época en que La Unión "empezó a convertirse por arte de birlibirloque en una de las grandes ciudades del modernismo español". No, no llegó luego La Unión a ver coronada su aspiración pero sí a contar con bellos espacios a imitar, tal la calle Real, con sus paseos espléndidos, luego equívocamente reformados, y, por supuesto, con edificaciones tan importantes como la bellísima "Casa del Piñón", de Pedro Cerdán, el catedralicio templo del Rosario, sede de la Patrona de la ciudad, de Justo Millán, y el Mercado Público, de soberbia traza, de Cerdán y Beltrí, arquitecto este último al que asimismo se le debe la llamada "Casa del Tío Lobo", en Portmán.

Fueron aquellos unos tiempos en los que, junto a la devoción por la arquitectura más o menos artística, la pintura decorativa ganó techos y paredes unionenses, de tal modo que en su libro sobre la pintura decorativa murciana de los siglos XIX y XX, Manuel Jorge Aragoneses pudo ofrecer una generosa cifra de edificios de la Unión, respectivas sedes de interesantes obras pictóricas, valga como ejemplo la serie de óleos de Medina Vera realizados para el Café Moderno. Deslumbradores tiempos aquellos, en verdad, a favor del arte desplegando múltiples actividades. "Belle époque" - ciertamente no bella para todos - en la que los esplendores artísticos de La Unión venían justamente a coincidir con las "boutades" de Gaudí, los primeros rascacielos cosquilleando las alturas neoyorquinas, la erección de esa deslumbradora espiga de hierro que es la torre Eiffel, la nunca bien pagada aventura de los hermanos Lumière, inventores del cine....

Pena de que, transcurridos los años, el paisaje urbano de La Unión solo pueda ofrecer ya una breve muestra arquitectónica correspondiente al período de sus vacas gordas. Por desgracia, bajo la funesta piqueta demoledora, ha ido desapareciendo parte importante de aquellas edificaciones que caracterizaron la impronta ciudadana, hoy sustituida por las desafortunadas fórmulas funcionales, de tan impersonales inspiraciones que, por supuesto, nada tienen que ver con la verdadera vocación arquitectónica de la ciudad.

- Pena, palabra, pena.

## VII. DEL ÚLTIMO PAISAJE.

He aquí, al pie de la sierra, el último paisaje ofrecido al minero que en vida tantas veces pisó, carburo en mano, los múltiples senderos y vericuetos de aquélla. Anda a las claras que del cementerio hablamos, la andadura final del hombre. Por honrar a sus muertos, de la mano del padre, niño aún, visitó el minero el cementerio, fiesta de Todos los Santos. Más tarde, continuando la entrañable tradición, de su propia mano llevó al camposanto a su hijo, niño a su vez. Por último, fue él el que al cementerio llegó a la búsqueda del eterno descanso, en Dios dormido.

Puede asegurarse que la muerte ha mantenido siempre una terca influencia sobre el minero. No en vano, una de las coplas que mayor impacto popular dispuso siempre fue la que sigue:

*A la mujer del minero  
se le puede llamar viuda.  
¡Qué amargo gana el dinero  
quien se pasa el día entero  
abriendo su sepultura!*

Permítasele al autor de estas líneas recordar el párrafo que sigue, perteneciente a su discurso de ingreso como miembro de número de la real Academia Alfonso X el Sabio, de Murcia, dedicado al tema del costumbrismo regional promovido por la muerte, del que se entresaca el siguiente fragmento, precisamente desgajado del capítulo dedicado a la muerte en la sierra minera:

“La obsesión por la muerte ha mordido siempre, obstinadamente, el corazón de las gentes sencillas de la mina. Por los senderos de la sierra, a lomos de un descarnado caballo, como el personaje de Durero, galopaba la muerte, guadaña de plata al hombro. De algún modo, su imperio fue asumido pronto por el minero. Los sinsos habían de cumplirse inexorablemente. Si el destino entroncaba al hombre de la mina a la muerte, todo lo que hiciese para evitar su presencia, en vano había de resultar. Téngase en cuenta que hasta llegar a los ascensores eléctricos, los frenos, las lámparas de pila seca y tantas defensas como la nueva tecnología de la mina pudo disponer un día, así avalando seguridades y garantías, la presencia de la muerte amenazó tercamente la existencia del minero, a merced del derrumbamiento de una galería mal entibada, de una equívoca maniobra de la cuba, la explosión de un barreno erróneamente calculado y, por supuesto, el polvillo del mineral que corroe y mustia la rosa del pulmón hasta

petrificarla. Mandaba la muerte. De repente, la galería, con su tierra en colisión, podía convertirse en una profunda sepultura; la lámpara de carburo, en piadosa lucerna; toda la sierra, en un monumental panteón....”

No sin justicia el cementerio de La Unión cosechó entre las necrópolis de rumbo de la región al ofrecer toda una estética neorromántica, menoscabada hoy por una suma de elementos arquitectónicos en verdad desafortunados la mayor parte. Ya, no hace aún muchos años, estudiando el cementerio de La Unión en su obra “Cartagena 1.874-1.936. Transformación urbana y arquitectura”, F.Javier Pérez Rojas califica de “pésima restauración” la llevada a cabo en aquél. Tras la nueva portada que sustituye a la de 1.879, se abre el hermoso paseo de cipreses. A uno y otro lado del mismo se alzan los principales panteones y mausoleos promovidos por lo que pudiéramos llamar costumbre funeraria, ya que, efectivamente, costumbre venía a resultar el hecho de que, a la vez que el minero rico promovía la construcción de la suntuosa vivienda familiar, ordenaba levantar a la vez en el cementerio el panteón o mausoleo, de lujo a ser posible, “última morada” que se decía. Por trasfondo, la mina. La mina siempre: mole del “Cabezo Rajao”, panorámicas de otras múltiples instalaciones mineras, una de ellas de tan amenazantes cercanías que, con motivo de unas torrenciales lluvias, su pantano reventó de tal modo que anegó en fango maloliente parte del cementerio, siniestro magma que inmisericordemente arrasó muchas tumbas.... Por entonces, el escritor Paco Celdrán, “Icaro”, pudo hacer literatura del cementerio unionense, “desierto de almas donde parece que tampoco se puede descansar en paz...”

Aunque perdida su vigencia, ¿vale cerrar este capitulillo con los ecos de aquel pintoresco cantar que vino a popularizar un día el nombre de La Unión?. Aquí está:

*Como guitarra sin cuerdas  
se está quedando La Unión.  
Unos que mata la sierra,  
otros que se lleva Dios.*

## VIII. PALABRAS FINALES.

Terminemos. La sierra, sus andaduras, sus atajos, sus panorámicas, su paisaje en suma, da para más, sabido es. Quede aquí por ahora, sin embargo, el testimonio de quien, mirándola y amándola, se conduele de sus silencios actuales, de sus arrogancias humilladas, vencidas por una de las más dolorosas crisis de la minería.

¿Es éste realmente el paisaje - maderas carcomidas, melladas chimeneas, poleas oxidadas - que pudo proporcionarle un día el título de Nueva California a la ciudad que, como lagarto al sol, a sus pies duerme?, ¿Esta es la sierra que convocó a pintores de reconocida vitola para cazarle la suma de sus matices coloristas, por su actividad laboral promovida; y éste, en fin, el tema que conmovió a escritores y poetas hasta componer a favor de la sierra su encendida exégesis, proporcionándole una de sus más exaltadas metáforas: "Potosí de España"?.

Crisis de la minería aparte, nadie se de por vencido, sin embargo, frente a la derrota de aquella imagen plástica de la sierra, arrastrando últimamente inmisericordes abandonos. Ciertamente es que mientras otras ciudades de características menos peculiares han buscado y encontrado su propia identidad, mimando sus valores propios e incluso inventando atributos apócrifos, La Unión ha podido perder para siempre su más cotizada imagen, convirtiéndose en una anodina población estándar. Nadie se alarme hoy, insistimos, pues nuevas y eficaces soluciones se apuntan a favor de la recuperación del paisaje a través de una "ruta turístico-minera" -así se anuncia - con electrificación y alumbrado de castilletes, acondicionamiento de diversas zonas mineras, etc.

Cuando estas líneas se escriben, comienza La Unión a movilizarse, al parecer seriamente, enamoradamente, a favor de su paisaje. No se trata, claro es, de imitar la lección impartida por aquellos pueblecillos americanos de la "fiebre del oro", familiarizados por el cine y convertidos en centros de atracción gracias a la descarada reconstrucción de una escenografía "made in Hollywood", sino simplemente la promesa de atender, conservar y mejorar en lo posible lo que ya se tiene.

Ciertamente sería hermoso devolverle a La Unión lo que de La Unión es, haciendo válidos una vez más aquellos versos del trovero Gregorio Madrid, que un día, sin proponérselo seguramente, le adelantó a La Unión su más generoso eslogan:

*Caracola entre dos mares,  
guitarra del corazón  
y colmena de cantares.*

A la memoria del entrañable trovero, por una parte, y por otra a la labor de Mariano Muelas Espinosa, autor de la espléndida colección de fotografías inéditas que siguen, como asimismo a la decisión de Tomás López Castelo, Presidente de la Asociación Belenista de Cartagena-La Unión, que con la publicación de este nuevo título enriquece su colección de libros dedicados a popularizar el acervo cultural de la tierra, vaya desde estas líneas nuestro más sincero testimonio de gratitud.

ASENSIO SAEZ  
Junio de 1.997.